

## **LOS CIRCUITOS ALTERNATIVOS DE LA LECTURA Y EL LIBRO EN LA ÉPOCA DE SU REPRODUCTIBILIDAD DIGITAL**

Javier Gómez Murcia<sup>1</sup>

### **Resumen**

En los últimos tiempos venimos asistiendo a un amplio e inagotable debate, sobre la inminente generalización de los nuevos dispositivos de lectura y el comienzo de la venta de libros en formato digital. Uno de los puntos más candentes de todo el debate se articula en torno a las restricciones (tanto técnicas como legales) que acompañarán a los nuevos libros para evitar su circulación incontrolada. Ante el panorama actual, aún incierto, los implicados en el negocio editorial y las sociedades de gestión de derechos temen que, si no se procede a una regulación del tráfico de libros digitales con cierta urgencia, los circuitos oficiales (principalmente la venta) resulten seriamente dañados.

Las fotocopias, las tiendas de segunda mano o el préstamo entre particulares desafían, de manera subterránea, un modelo lineal de consumo sostenido por encuestas donde la compra y la lectura de libros son hechos equiparables, y por discursos 'autorizados' que, insistentemente, confunden la cultura con la industria cultural. Por ello, este artículo pretende explorar esos circuitos alternativos, y en algunos casos invisibles, de la lectura, donde se revelan las múltiples trayectorias posibles del libro, para afrontar el debate con algo de perspectiva, más allá de las suposiciones y argumentaciones frecuentes.

### **Palabras clave**

Libros, circuitos culturales, copyright, literatura digital

### **Keywords**

Books, digital books, cultural circuits, copyright, digital literature

## **1.- Apuntes sobre la materialidad de los textos y la lectura**

Las profecías sobre lo digital lanzadas, citadas y recitadas por varios de sus impulsores y actualizadores llevan tiempo “matando” al libro impreso; Nicolas Negroponte, uno de los grandes gurús tecnológicos de los últimos tiempos, olvidando todos los supuestos y prácticas culturales en los cuales el códex está instalado, predijo, allá por 1995, la temprana sustitución del soporte en papel por los formatos digitales, ya que, según él “la transición de los átomos a los bites es irrevocable e imparable”<sup>2</sup>. Sin embargo, en muchos casos, el libro en su forma tradicional sigue siendo el artilugio más empleado -y útil- para acceder a cierto tipo de literatura y es que el hábito lector aparece ritualizado y ligado a determinados contextos, a temporalidades y espacios sociales concretos; estos pueden ser, a modo de ejemplo, el transporte público por la mañana, la cama antes de dormir, el sofá los fines de semana o un banco del parque por la tarde. Quizá tales lugares no sean los más adecuados para llevar a cuestas un portátil y menos aún un ordenador de sobremesa, pero hasta hace muy poco quien quisiera leer un libro electrónico sólo contaba con esa posibilidad.

Existe, además, toda una cultura del uso del cuerpo asociada a la lectura, en sus diversos soportes. En la escuela, los profesores enseñan a leer a los alumnos desde muy pequeños, al principio sólo letras, luego palabras, más tarde frases enteras, en voz alta y ubicándose con el dedo dentro del papel, para después, poco a poco, ir corrigiendo defectos y puliendo la técnica, parándose en los puntos, en las comas, entonando exclamativa e interrogativamente, hasta poder leer de manera silenciosa y guiados sólo por la propia vista que recorre líneas de texto de un lado a otro, bajando a la siguiente al llegar al final de cada una de ellas. La dimensión material de la lectura acarrea ciertas conductas, gestos, hábitos e incluso consecuencias para los “cuerpos” que intervienen en ella: por un lado, el libro envejece, acumula marcas, notas en los márgenes, subrayados, esquinas de las páginas dobladas; por otro lado, el lector puede sufrir ataques de risa, indignación, miopía o desviación de la columna vertebral. Por lo tanto, la lectura no es un simple ejercicio de semiótica, aprender a leer implica adoptar, parcialmente, un disciplinamiento corporal, fruto preformativo de la imitación del prójimo y de las enseñanzas institucionales.

A lo largo del siglo IV, el progresivo tránsito del pergamino al códice trae consigo un proceso de apropiación e instauración de una novedosa forma material para contener y

difundir textos, el cuadernillo compuesto por páginas dobladas, agrupadas, numeradas y cosidas permitió a sus usuarios realizar “gestos hasta entonces imposibles: por ejemplo, el de escribir al mismo tiempo que se lee, el de ojear una obra, el de señalar un pasaje específico dentro de ella”.<sup>3</sup> Hoy en día, los cambios anunciados en el libro plantean múltiples interrogantes; estudiosos del campo como Alberto Manguel y gente relacionada con el ámbito de la ergonomía y la usabilidad, como Jacob Nielsen, han afirmado que, en lo que a la lectura respecta, la pantalla es menos efectiva y mucho más superficial que el papel. Además, los ordenadores han sido hasta la fecha artefactos no del todo manejables o al menos no tan manipulables como los libros; para utilizarlos cómodamente se debía contar con un escritorio adecuado, y aún así leer textos excesivamente largos en la pantalla de un ordenador era bastante cansado, tanto para la vista como para el resto del cuerpo.

Actualmente un libro digital puede también leerse en el teléfono móvil, PDA, ultraportátil, *netbook* o *notebook*; sin embargo, los aparatos aparentemente más apropiados para tal fin son los *e-books*. El término *e-book* puede resultar ambiguo ya que alude tanto a la obra en formato digital, como a los soportes 'especializados' para su reproducción y lectura, por eso algunas compañías no han querido utilizar esa etiqueta para sus aparatos y se han referido a ellos como 'terminales móviles' o 'lectores especializados'. Incluso podría afirmarse que su nombre es aún un elemento en disputa, y existen otras propuestas pugnano también por imponerse, algunas de ellos son eReader, lector electrónico o portalibros.<sup>4</sup> Estos soportes incluyen una tecnología denominada tinta electrónica gracias a la cual la lectura se vuelve más confortable que en los aparatos con pantalla/monitor TFT, además, muchos de sus diseños están basados en una metáfora libresca, de forma que intentan simular ciertas experiencias de la lectura tradicional, por ejemplo, en algunos de estos lectores se puede pasar la página arrastrando con el dedo al tiempo que oímos un sonido parecido al del papel, recreando las sensaciones auditivas del acto ritual; otros permiten tomar notas, subrayar o agregar marcadores a las páginas.

Aunque los *ebooks* comenzaron a aparecer hace ya algunos años, los primeros modelos contaron con bastantes carencias que les impedían convertirse en una alternativa seria al libro de papel, aún no incorporaban los sistemas de tinta electrónica y en ellos sólo se podían leer libros en formato propietario, “del mismo fabricante que el aparato”.<sup>5</sup> Hoy

en día existen innumerables modelos, cada uno con sus características propias, aunque las empresas mejor posicionadas dentro del negocio parecen ser Amazon y Sony. Amazon está además intentando monopolizar el mercado con su amplio catálogo, la segunda versión del Kindle ha vuelto a un momento anterior en el desarrollo de estos dispositivos al cerrarse a otros formatos. Nos encontramos sin duda en un punto incierto del proceso y los diferentes actores implicados buscan ocupar su lugar sobre el terreno lo más rápidamente posible. Las editoriales por su parte prevén la generalización de estos dispositivos y muestran cierta reserva y temor al respecto, ya que “si hay un leitmotiv que se emplea recurrentemente en la discusión sobre el futuro de los libros para señalar la naturaleza perversa de la digitalización [...] ese es el de la supuesta violación de los derechos de autor”<sup>6</sup>; y es que gracias a la difusión de las tecnologías digitales, actualmente, con un ordenador se pueden crear copias idénticas e ilimitadas de un texto; la transformación del libro a la que podríamos estar asistiendo afecta profundamente tanto a su materialidad como a su reproductibilidad y eso genera en las distintas capas del negocio una profunda preocupación ante la libre e indiscriminada circulación de sus productos.

## **2.- Tecnologías de la circulación, fotocopias, reciclaje y préstamo de libros.**

La industria editorial supone (o aparenta suponer) que el ciclo de los libros es uno e invariable, desde este negocio se maneja insistentemente un modelo lineal de consumo de los objetos culturales. El comprador acude a unos grandes almacenes o librería, adquiere el ejemplar deseado, lo lee y éste pasa a formar parte de su colección o biblioteca particular. Sin embargo, “el comercio del libro de segunda mano (agotado, viejo, etc.), tiene un papel clave en la bibliodiversidad del mercado, suple numerosas deficiencias en el circuito normal del libro, prolonga la vida de las obras y es ecológico”.<sup>7</sup> La asunción de un esquema lineal de consumo llega incluso a determinar las encuestas diseñadas, en muchos casos por las propias editoriales, donde el índice para medir hábitos de lectura se reduce casi por completo a la venta de libros nuevos, los prestamos en biblioteca ocupan un lugar secundario y otras formas de acceso al contenido de los libros son, directamente, territorio oscuro.

A las editoriales parece interesarles mantener este modelo y hacerlo parte constitutiva del imaginario de prácticas culturales. Para justificarlo y presentarlo como óptimo, se apoyan en el del derecho de los autores/creadores y en el bien de la cultura en general y,

como si de una estrategia de mercado más se tratara, intentan borrar del mapa o vender como disfuncional todo tipo de lectura que no haya pasado previamente por caja. Evidentemente, existen razonables dudas acerca de si las empresas editoriales en manos de grandes corporaciones verdaderamente están luchando por proteger a los autores y salvar la cultura o por protegerse y salvarse a sí mismas.<sup>8</sup> Cuando se lanzan los libros al mercado se espera que una comunidad imaginada de lectores con una serie de rasgos y unos perfiles, parcialmente configurados por la propia industria y por sus ofertas, los acoja. Pero esa comunidad no funciona sólo como receptora, entre ella también se dan intercambios. Quizá el tráfico se hace más evidente hoy en la Red, pero esos intercambios no es algo nuevo.

Afortunadamente, bajo cuerda, ha funcionado y funciona una amplia gama de prácticas de acceso a los materiales de lectura. La circulación y el intercambio de libros, sobre el terreno, no se subsume a los relatos de consumo lineal, por el contrario, describe múltiples y extrañas trayectorias. De hecho, el primer acercamiento a la lectura no es de carácter comercial, los niños crecen rodeados de libros que, como en el cuento de Monterroso, “ya estaban allí”, en la casa familiar. Se aproximan por primera vez al contenido de los mismos a partir de la lectura de los ya letrados: escuchan los cuentos en la voz de sus familiares e intentan imitarlos; más tarde repiten en voz alta, junto al resto de la clase, las palabras que la profesora va leyendo. Históricamente no sólo los niños, sino también los adultos, debido a los bajos índices de alfabetización y a la escasez de ejemplares, necesitaron acercarse a las narraciones y el saber de los contenidos escritos participando en las lecturas públicas<sup>9</sup> que otros realizaban; como afirma Chartier “para los iletrados la permanencia de las formas tradicionales de la transmisión de los conocimientos iba a la par con una fuerte familiaridad con lo escrito- por lo menos en la ciudades.”<sup>10</sup>

El libro en la actualidad, más que nunca, afronta una tensión abierta entre dos de sus versiones, por un lado se trata de un bien cultural, por el otro, es un objeto de consumo. Si contemplamos su primera versión, la circulación y el acceso a esos bienes, se supone, enriquece y es parte constitutiva fundamental de las sociedades; pero si nos detenemos en la segunda, dicha circulación necesita generar beneficios, por ello, los dueños del negocio quieren poner “cerco” y, a partir de él, cobrar “peajes”, para controlar así el tráfico “indiscriminado” de sus mercancías. El *copyright* es en estos momentos el

artefacto legal mediante el cual se regulan gran parte de los productos culturales, no obstante, éste fue creado en tiempos de la imprenta; entonces dicho sistema trataba de regular el derecho de copia y venta de quienes disponían de los medios necesarios para llevar a cabo tales actividades; restringía el comercio, pero no la lectura. Evidentemente el actual contexto sociotécnico difiere bastante de aquel donde debía actuar el copyright en su origen; la nueva cultura digital y la generalización de nuevos soportes de lectura supone una oportunidad única para cambiar de las reglas de juego, por eso es importante tener en cuenta que estamos permanentemente diseñando el futuro “día a día, a golpe de legislación y tecnología”.<sup>11</sup>

En nuestro tiempo, los derechos de la mayoría de las obras que se editan se encuentran en manos de empresas privadas. Hasta hace poco el autor necesitaba casi inevitablemente a la editorial para hacer copias, distribuir y publicitar sus productos; a cambio las editoriales se quedan con los derechos de explotación acumulando de paso un gran poder, pues alcanzan así a controlar las publicaciones en masa y, consiguientemente, una parte importante de la vida cultural de las sociedades y de los ritmos del mercado. De tal modo, “la fabricación de libros se ha convertido en un hecho industrial sometido a todas las reglas de producción y consumo”<sup>12</sup>; “el cliente debe desear el producto y ser inducido a un recambio progresivo del mismo”<sup>13</sup>. La obsolescencia del producto es un imperativo mercantil, muchos de los títulos quedan rápidamente descatalogados tras haber permanecido unas pocas semanas en las librerías.<sup>14</sup>

El préstamo entre particulares, al igual que el boca a boca y las recomendaciones de los lectores, tiene una fuerza espectacular para hacer de las obras potentes objetos culturales. Dejando a un lado la calidad de las mismas; esas obras que son objeto de apropiación y reinterpretación, que trascienden sus propios límites, que son representadas, recordadas, parodiadas, imitadas, que inspiran situaciones cotidianas, con frases, personajes, perspectivas o actitudes que permanecen en la memoria colectiva, requieren la movilización de muchos actores y no siempre son descubiertas en el mismo momento de editarse; un objeto cultural que hoy nos parece “ramplón” puede ser recogido dentro de 20 años, examinado con otros ojos y convertirse en una obra importante, ser relevante para una realidad social futura, sobrepasando quizá las perspectivas de su propio autor, pues con el tiempo se posan sobre ella un sinnúmero de

significados (re)elaborados posteriormente. Un texto que pasó desapercibido puede cobrar actualidad con el transcurso de los años, estos fenómenos forman parte de la accidentalidad de lo escrito. Con un sistema como el que se está potenciando hoy en día, cuando los libros tienen un paso fugaz por los estantes de las librerías, de acuerdo con estrategias editoriales de “bombardeo publicitario y olvido”, no es tan fácil que las obras perduren y sean recuperables.

Las librerías de viejo y el libro de segunda mano, como advertíamos antes, cumplen un papel fundamental a la hora de poner al alcance de los lectores títulos olvidados o descatalogados. Pero también los fondos de las bibliotecas, estos con frecuencia se fotocopian para no deteriorar los originales o simplemente porque hay pocas copias y el ejemplar tiene mucha demanda. Como respuesta a la escasez de libros en las universidades surgieron las “lectures” y hoy en día a las clases en la lengua inglesa se les sigue denominando así. Los servicios de reprografía forman parte de la rutina universitaria, la adquisición de libros no siempre está al alcance de todo el mundo y su empleo para la enseñanza entraría dentro de los usos expresamente permitidos, como señala el artículo 3.1.2 de la ley de Propiedad Intelectual.<sup>15</sup> Internet, por su parte, está suponiendo una revitalización de ese intercambio no sólo en lo que respecta a las redes p2p; también van aumentando los sitios donde se anuncia la venta de libros de segunda mano; así mismo, los profesores descubren poco a poco las posibilidades de la Red para poner los contenidos de sus asignaturas a disposición de los alumnos.

### **3.- Literaturas digitales y formas de control para libro electrónico.**

Benjamin Lee y Edward Lipuma definen la circulación de objetos culturales como un proceso complejo, el cual acarrea limitaciones o constricciones, pero también capacidades para no sólo transmitir, sino también producir significados.<sup>16</sup> El préstamo y la circulación de libros no representa sólo el movimiento de mercancías de unas manos a otras, por el contrario, existen supuestos culturales detrás de tales procesos que se están produciendo y reproduciendo continuamente. Desde la antropología se ha insistido en la importancia del don (Mauss) o de la regla de reciprocidad (Levi-Strauss), como fenómenos que dan forma y sentido a lo social pero, además, podría afirmarse que mediante esa circulación de signos y de objetos, se constituyen una ciertas solidaridades y entendimientos compartidos entre los miembros de las “comunidades interpretativas” donde tienen lugar.

Dentro del campo de las limitaciones y constricciones, los mecanismos pensados para controlar la circulación del libro electrónico van desde el DRM, un sistema de gestión de derechos digitales mediante el cual se puede impedir imprimir, copiar, compartir, incluso leer más de dos veces un libro electrónico a sus usuarios, a las estrategias monopolistas de Amazon o Google. La librería Amazon, como ya comentamos anteriormente, en la segunda y reciente versión de su lector Kindle ha cerrado la posibilidad de reproducir otros formatos que no sean el propio, aspirando así a hacerse con el mercado del libro electrónico casi en su totalidad, el catálogo de novedades de Amazon es extensísimo y en ese ámbito apenas cuentan con rivales. Pero esta empresa, para construir sólidamente su red, necesita contentar a los actores que deben formar parte de ella, y es a partir de aquí cuando surgen movimientos curiosos, por ejemplo, Kindle 2 en un principio contenía una opción (“text-to-speech”) para reproducir en voz el texto del libro. Si bien esta cualidad de su lector podría resultar muy atractiva para algunos de sus compradores, los “defensores” de los derechos de explotación de las obras no tardaron en lanzar sus quejas, ya que cualquiera podría escuchar el libro sin haberlo comprado.

Por su parte, la empresa Google está planeando digitalizar todos los libros del mundo; eso sí, de forma no exenta de polémica, de hecho, en junio de 2005 ya se vieron obligados a parar el proyecto y aclarar formalmente varios de sus propósitos y ambiciones. Desde entonces, la compañía americana ha firmado una serie de contratos interesantes. El primero de ellos, con la AAP (Asociación de Editores Americanos) gracias al cual tiene vía libre para seguir digitalizando los libros sin impedimento legal alguno, al menos dentro de los EEUU. También ha alcanzado acuerdos con varias bibliotecas universitarias que le están permitiendo escanear sus fondos y, de paso, reservarse los procedimientos a través de los cuales los usuarios pueden acceder a ellos<sup>17</sup> y, por último, Google ha establecido alianza con una de las grandes empresas productoras de soportes electrónicos, Sony, fabricante del SonyReader, a la cual se le han cedido desde el proyecto 'Google Books' unos 500.000 libros libres de derechos.

Lo más curioso de este caso es, sin duda, el hecho de que, aunque todavía no haya muchos lectores electrónicos circulando y no existan aún prácticas extendidas asociadas a este soporte, ya hay un vasto debate referido a él sobre la mesa. Se está tramando toda una arquitectura legal orientada a regular la utilización de algo que apenas existe; y en

este sentido, no debemos olvidar que los artefactos no son algo diferente a lo que la gente hace con ellos, a como se les define socialmente y a los usos que se les otorga. Pero lo que también llama la atención de muchas de las medidas tomadas por los actores implicados en el negocio para salvaguardar sus intereses, parecen incorporar además un eminente carácter retroactivo. Ya no es extraño ver libros que traen consigo etiquetas prohibiendo el préstamo público o incluso entre particulares. Algunas aspiraciones de la industria editorial mutilan, en parte, ese carácter social y socializador de la lectura y olvidan que, para vender sus productos, tal vez lo mejor sea que la lectura actúe como un virus, que se presten libros para producir nuevos lectores y que siga libremente ese constante e inacabable proceso de formación de una comunidad de gente ávida de toda clase de literaturas. Cabría afirmar igualmente que esta necesidad no siempre es obviada, y que con pretensiones comerciales, algunos agentes están potenciando esa idea de comunidad a través de los servicios web 2.0 de recomendación de libros; aún así una buena manera de recomendar un libro es prestarlo y servirse del objeto como mecanismo de integración.

Ante el panorama presente, faltan varios puntos importantes aún por definir. Por ejemplo, ¿qué es (y qué debe ser) un libro? o ¿nos resulta práctico mantener esa denominación para los nuevos formatos y soportes que están apareciendo? Hace falta una comprensión social de las modificaciones materiales y simbólicas, de forma y fondo, que sufre y alimenta el proceso colectivo de la lectura. La relación entre autores y lectores se encuentra en periodo de cambio y redefinición; se abren nuevas y jugosas posibilidades a la hora de difundir los textos. Hoy, un autor consagrado o amateur puede autoeditarse e imprimir sus obras bajo demanda, sin necesidad de sacar grandes tiradas; en Japón triunfan las novelas escritas por gente joven en sus teléfonos móviles, cinco de los diez libros más vendidos, y entre ellos los tres primeros, en dicho país nacieron en el teclado e un móvil.<sup>18</sup> Además, estamos asistiendo a la incipiente creación de nuevos géneros literarios: las novelas escritas colaborativamente, los blogs que se convierten en libros, etc. por todo ello es necesario tener en mente las palabras de Roger Chartier cuando afirma que “las transacciones entre la obra y el mundo social [...] conciernen más a las relaciones múltiples, móviles y anudadas entre el texto y sus materialidades, entre la obra y sus inscripciones”.<sup>19</sup>

De igual modo, la reflexión en torno al libro electrónico tampoco debe verse cegada por la novedad y olvidar las cosas que permanecen o que se dan por supuestas. En este sentido, cabría sostener que el códex es un artefacto sumamente sofisticado aunque a veces se tiendan a simplificar sus posibilidades frente a las de las nuevas tecnologías; por ejemplo, se suele decir con cierta frecuencia que el libro tradicional ofrece inevitablemente una construcción lineal de las narraciones y que necesita de una lectura igualmente lineal, sobre todo en lo que respecta a la novela. Sin embargo, la novela impresa también permite lecturas fragmentadas, 'Rayuela' de Julio Cortazar o '... Si una noche de invierno un viajero' de Ítalo Calvino son buenos ejemplos. De hecho, no es extraño que ciertos pasajes de determinadas obras adquieran mayor notoriedad que el resto, sean más citados, sacados de su contexto e insertados en otros. Nuevamente Internet hace visible esta singularidad de los textos, pues desde hace algún tiempo existen foros literarios donde los lectores comparten lo que ellos consideran “párrafos inolvidables”.<sup>20</sup>

En definitiva, si las regulaciones planteadas para los nuevos soportes de lectura llegaran a ser efectivas tal y como a veces están pensadas o previstas, a la hora de aplicar sus lógicas a situaciones cotidianas podrían surgirnos dudas sobre la legalidad de, por ejemplo, guardar un texto en el disco duro para leerlo más tarde, aprender literalmente un poema generando una copia memorística del mismo o comprar un libro de cuentos para leerlo en voz alta a los niños. Por ello, la industria debe tener en cuenta a los usuarios y lectores y sus maneras culturalmente arraigadas de acercarse a los textos. El negocio ha sobrevivido hasta ahora y si antes no era necesario comprar un libro para acceder a él, hoy, cuando la sociedad en general cuenta con más medios técnicos a su disposición que nunca, no es descartable que continúe siendo así a pesar de las muchas restricciones legales o técnicas que se traten de emplear para impedirlo.

---

<sup>1</sup> Doctorando en el departamento de Sociología V (Teoría Sociológica) de la UCM, diplomado en Trabajo Social y licenciado en Sociología. Sus temas de interés giran en torno al campo de la cultura digital y los estudios sociales de la ciencia y la tecnología. Actualmente desarrolla su tesis sobre las implicaciones sociales de los soportes electrónicos de lectura y las nuevas formas de producción, difusión y recepción textual. Correo electrónico: damonjava@gmail.com

<sup>2</sup> Citado por Hine, C. (2004) «Etnografía Virtual». Barcelona: Editorial UOC. (p.11).

<sup>3</sup> Chartier, R. (2001) «¿Muerte o transfiguración del lector?» en *Revista de*

*Occidente* N° 239, Marzo 2001. Madrid: Fundación Ortega y Gasset. (p.75).

<sup>4</sup> <http://blog.ediciona.com/nombre-lector-libros-digitales/>

<sup>5</sup> Rodríguez, J. (2007) «Edición 2.0: Los futuros del libro». Barcelona: Melusina. (p.138-143).

<sup>6</sup> *Íbid.* (p.132).

<sup>7</sup> <http://jamillan.com/librosybitios/blog/2008/01/la-unin-hace-la-fuerza.htm>

<sup>8</sup> Smiers, J. y Van Schijndel, M. (2008) «Imagine... no copyright». Barcelona: Gedisa.

<sup>9</sup> Manguel, A. (2001) «Una historia de la lectura». Madrid: Alianza editorial. (p.161-180).

<sup>10</sup> Chartier, R. (2008) «Aprender a leer, leer para aprender» en -VVAA. (2008) *La lectura en España. Informe 2008. Leer para aprender*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Federación de Gremios de Editores de España. (p.24).

<sup>11</sup> González Barahona, J. M. (2003) «El futuro de la Información. ¿Vamos hacia donde queremos?» en *Archipiélago* n° 55. Editorial Archipiélago. (p.17).

<sup>12</sup> Eco, U. (2006) «Apocalípticos e integrados». Barcelona: Tusquets. (p.66).

<sup>13</sup> *Íbid.* (p.65).

<sup>14</sup> <http://jamillan.com/librosybitios/blog/2007/04/uniliber-portal-del-libro-antiguoy.htm>

<sup>15</sup> “No necesita autorización del autor la reproducción, en cualquier soporte, de obras ya divulgadas cuando se lleve a cabo por una persona física para su uso privado a partir de obras a las que haya accedido legalmente y la copia obtenida no sea objeto de una utilización colectiva ni lucrativa [...]”

<sup>16</sup> Lee, B. y LiPuma, E. (2002) «Cultures of circulation: Imaginaries of modernity» en *Public Culture* 14(1). Duke University Press.

<sup>17</sup> Cassin, B. (2008) «Googléame. La segunda misión de los Estados Unidos». Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

<sup>18</sup> [http://www.elpais.com/articulo/sociedad/libro/hizo/movil/elpepisoc/20081007elp/episoc\\_1/Tes](http://www.elpais.com/articulo/sociedad/libro/hizo/movil/elpepisoc/20081007elp/episoc_1/Tes)

<sup>19</sup> Chartier, R. (2006) «¿Qué es un libro?» en Chartier, R. [edit.] *¿Qué es un texto?*. Madrid: Consorcio del Círculo de Bellas artes. (p.13-14).

<sup>20</sup> <http://www.bookcrossingspain.com/phpBB2/viewtopic.php?t=2860&start=0&postdays=0&postorder=asc&highlight=>